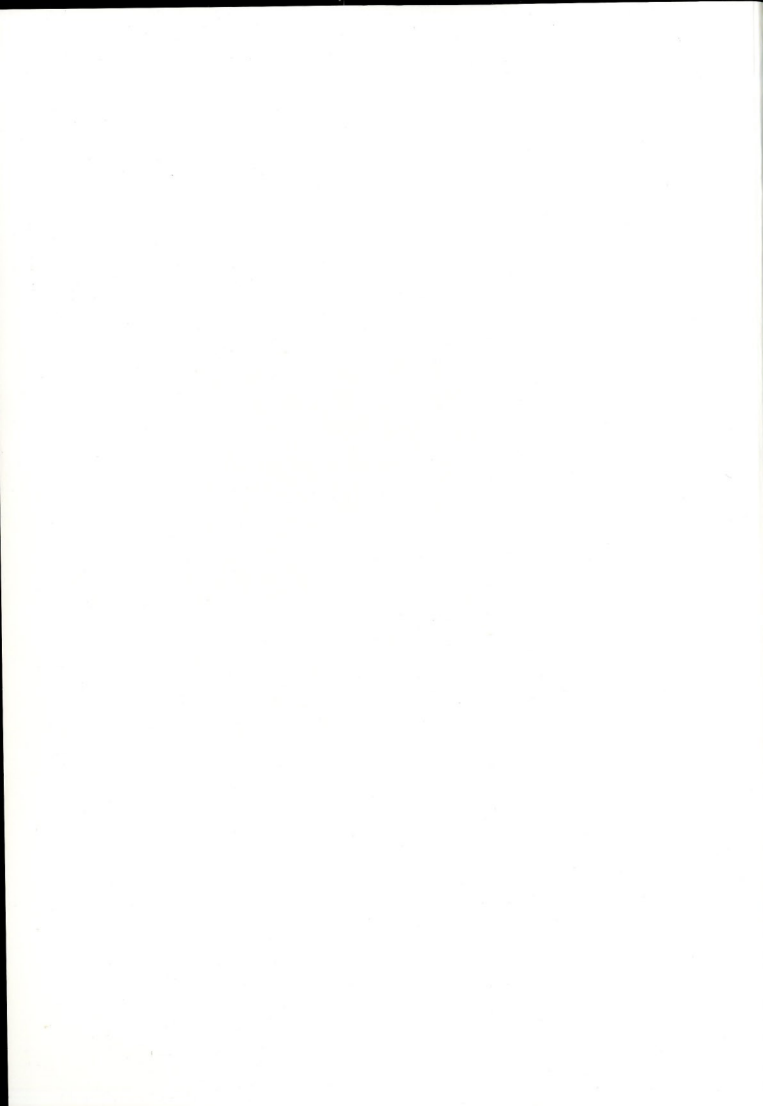


MUÑOZ BARBERÁN
RETROSPECTIVA





CONTRAPARADA 15

MUÑOZ BARBERAN,
RETROSPECTIVA

MUÑOZ BARBERÁN, RETROSPECTIVA

AYUNTAMIENTO DE MURCIA

COLABORA:
CAJAMURCIA



CENTRO DE ARTE PALACIO ALMUDI
SALA DE EXPOSICIONES

25 MARZO / 8 MAYO

DIRECTOR
MARTIN PÁEZ BURRUEZO

COORDINACIÓN
CARMEN HERNÁNDEZ FOULQUIE

ADMINISTRACIÓN
SOFÍA NUÑARRO NORTES

CATÁLOGO

TEXTOS

JOSE GARCÍA MARTÍNEZ
JUAN GARCÍA ABELLÁN
JUAN GUIRAO
MARTÍN PÁEZ
JOSE MUÑOZ CLARES

DISEÑO

JULIO GARCÍA ABRIL/PEDRO MANZANO

FOTOGRAFÍAS

JAVIER SALINAS
FULGENCIO LÓPEZ MORENO

EDITA

AYUNTAMIENTO DE MURCIA

IMPRIME

A.G. NOUDGRAF, S.A.

I.S.B.N.: 84-87258-35-8 (Catálogo)

D.L.: MU-485-1994

I.S.B.N.: 84-87258-34-2 (Obra completa)

AGRADECIMIENTOS

REGION DE MURCIA
CONSEJERÍA DE HACIENDA (PATRIMONIO)

DELEGACIÓN DEL GOBIERNO EN LA REGION DE
MURCIA

AYUNTAMIENTO DE LORCA

CÁMARA OFICIAL DE COMERCIO, INDUSTRIA Y
NAVEGACIÓN DE MURCIA

FONDO CULTURAL "ESPIN" DE LA FUNDACIÓN
CULTURAL CAJA DE AHORROS DEL MEDITERRANEO.
LORCA

ABOGACÍA DEL ESTADO. DELEGACIÓN DE
HACIENDA DE MURCIA

DOLORES ATIENZA
JOSE BLANCH BERNAT
AMELIA CANO CALDERÓN
DOLORES CERDA
J.A. DELGADO TEZANOS
FAMILIA DE D. JOSE BATISTA
JOAQUÍN FERNÁNDEZ-DELGADO
JOSE MARIA FERNÁNDEZ PALLARES
SEBASTIÁN FERNÁNDEZ RABAL
FRANCISCO FERNÁNDEZ SALVADOR
ENCARNA GARCÍA RODRÍGUEZ
GINES GUEVARA MENDEZ
JUAN GUIRAO
ANTONIO MAURANDI CARO
JESUS MARTÍNEZ BALIBREA
ÁNGEL OLCINA
VICENTE OLCINA
ROSA RÍOS ESTEVE
MANUEL SÁNCHEZ ARENA
ÁNGEL SÁNCHEZ GONZÁLEZ
PEPITA SÁNCHEZ MESEGUER
JUAN BATISTA SANZ
LUZ SANZ CAYUELA







Máscaras de Águilas, 1978
Óleo / lienzo: 98 x 196 cm.
Murcia. colección del pintor

UN año más, en primavera, el Ayuntamiento presenta "Contraparada. Arte en Murcia". Un espacio múltiple dedicado a la actividad expositiva que, si bien en su inicio sirvió para la promoción de las artes plásticas, hoy en día se ha convertido en un clásico de las exposiciones nacionales.

Contraparada ha mantenido a través de los años sus objetivos originales: acercar a los ciudadanos las obras más consolidadas de nuestro tiempo, presentando las últimas experiencias en las artes plásticas, así como potenciar los valores más destacados de nuestras promesas.

En su 15ª edición, Contraparada nos ofrece tres magnas exposiciones:

La pintura del italiano Valerio Adami, afincado en París, que trabaja con la narrativa del color y la línea en un lenguaje fruto de nuestro tiempo, de estructurales espacios, colores líricos y contenidos literarios.

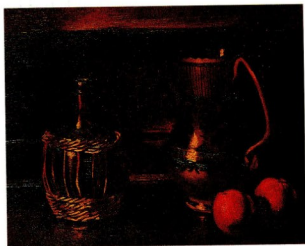
La fotografía de Manel Esclusa, exponente de la creación más reciente, que presenta una colección bajo el título de "Aquariana".

La retrospectiva de Muñoz Barberán, lorquino predilecto y cronista oficial de la ciudad de Murcia, representa una interesante y completa muestra de su creación. Pintor entusiasmado con su tierra ofrece en sus cuadros bodegones, retratos y paisajes urbanos, una Murcia recreada con su indudable personalidad.

Tres exposiciones en una Contraparada tan interesante para Murcia como atractiva para todos aquellos que la visiten.

Por último, agradecer la colaboración de todos aquellos que hacen posible que, un año tras otro, "Contraparada. Arte en Murcia" sea un reclamo cultural de Murcia para toda España.

José Méndez Espino
Alcalde de Murcia



Bodegón de las naranjas, 1944
Óleo / lienzo: 46 x 55 cm.
Murcia, colección particular

LA primavera en Murcia viene acompañada de una algarabía de color, luz y alegría que cada año hacen de nuestras fiestas un acontecimiento al que ningún extraño debiera sustraerse y que el murciano vive con entusiasmo y comparte con quienes nos visitan.

Sin dejar de considerar esta explosión barroca de la fiesta como algo dentro del campo de la cultura, dos acontecimientos artísticos singulares marcan en estas fechas la vida de la ciudad: de un lado, la visión en la calle de las imágenes de nuestro Salzillo, en el marco para el que fueron ideadas, y de otro, sin ánimo de compararse con lo que ya es inmortal, pero sí como referencia obligada para los interesados en las artes plásticas, la exposición de Contraparada, que este año celebra su decimoquinta edición.

En tres salas, tres artistas, tres líneas: la obra del pintor Valerio Adami, uno de los maestros internacionales del pop, que se ofrece por primera vez al público murciano; por otra parte, una visión antológica de la pintura de Muñoz Barberán, que ha tenido siempre a Murcia como protagonista, y, por último, la muestra fotográfica del catalán Manel Esclusa, que se inserta dentro de las nuevas corrientes españolas.

Quienes hemos hecho posible esta edición de Contraparada, en la que colabora CajaMurcia, deseamos que estas muestras enriquezcan el panorama cultural de la ciudad en estas fechas y permitan la reunión en estas salas municipales de aficionados al arte, artistas, estudiantes y público en general, a quienes va dirigido nuestro esfuerzo.

Amparo Marzal Martínez
Tte. Alcalde de Cultura,
Educación y Turismo

MUÑOZ BARBERÁN DE GENTE DE MURCIA

Estábamos aquella noche de verano en la terraza del chalet de las afueras de Alcantarilla, allí donde pasa largas o cortas temporadas, según se tercié, recluso más o menos en el estudio que huele a recién pintado y al que se accede trasponiendo el umbral sobre el que se mece una parra convocadora de avispa. Era el momento de los postres, y ya durante la cena, unos cuantos relámpagos por la parte de poniente y una brisa -racheada, dicen- que movía las puntas del mantel, nos habían hecho presagiar tormenta. Las primeras gotas de lluvia mancharon el humeante café y todos nos metimos dentro, apresuradamente, cada cual con su taza -¿coñac o ginebra?-, aquí dentro estamos mejor. Poco duró el aguacero, mas si lo imprescindible para que, de nuevo en la terraza, nos pareciese que, de pronto, habíamos pasado de un mundo a otro, del calor agobiante y pegajoso al frescor húmedo, con olor a eternidad, de la noche regada; imprescindible también el tiempo transcurrido para que se produjera el fenómeno de poder ver, sentado en una de las sillas de la terraza, al señor don Ginés Pérez de Hita, zapatero de Jaén recriado en Lorca, montador de festejos cívico-religiosos en las grandes festividades y narrador de la guerra de guerrillas entre los moros de Granada; un personaje bajito, de pelo escaso y cano, con carnet de identidad fechado varios siglos atrás, amigo personal, aunque sólo por referencias, del pintor (también investigador de la Historia) y que ahora se nos presentaba en carne mortal, valiéndose de la tónica y escenográfica estratagema de los rayos y los truenos, que deviene finalmente en suceso sobrenatural, con la aparición de un monstruo, un hada o -como en este caso- un señor, don Ginés Pérez de Hita, acerca del cual llevaba Muñoz Barberán muchos años investigando, dejándose la vista en frágiles papeletes de polvorientos archivos, por suponerlo, al señor don Ginés, autor del Quijote llamado apócrifo, que escribiera con ánimo de fastidiarle al divino manco el éxito editorial, así como de crítica y público, alcanzado con

la publicación de su Quijote verdadero.

Ahora estamos en Lorca, provincia de Murcia, en una mañana tibia, soleada, sin una mala nube. Y en un rincón de esa plazoleta a la que vienen a morir (o a nacer) dos, tres callejas umbrosas y tal, Muñoz Barberán ha desplegado la silleta y se dispone a pintar su ciudad. Ya le han hecho corro los niños, ya ha entablado con ellos la inevitable conversación indagatoria -¿de quién eres hijo tú?, ¿blanco o azul?- y los crios, convertidos en jueces solemnes y severos, confirman que la colegiata que va surgiendo en la cartulina es auténticamente la de San Patricio, y que el Ayuntamiento es en verdad el Ayuntamiento, y que las alamedas son, desde luego, las mismas alamedas de allá abajo, incluida la de los Tristes; en fin, la chiquillería ha dado su visto bueno y ya pueden regresar todos a sus ocupaciones -darle patadas a la pelota, atarle al rabo del gato el bote de hojalata-, excepto esa niñita despeinada y rubia que ha decidido pegar la mirada al cuadro, atrapada por la magia de los colores, y que sólo abandonará su puesto de observación, despavorida, una vez que, desde el tejadillo de la casucha de una planta, se precipiten sobre los hombros del pintor dos culebras que andaban de peleas, o de juegos, o de amores: los frascos de las acuarelas por los suelos, la cartulina por los aires, los chiquillos que regresan para asistir al terrorífico espectáculo del tío de las pinturas luciendo ahora una extraña bufanda de bichas trenzadas.

Ahora tenemos que mezclarlo todo -rojo y negro, de Stendhal, que dicen-, trajinando en la paleta, para dar a lo último con el cuadro definitivo: la imagen cabal del pintor-investigador; canal izquierdo y canal derecho, para producir el estereó que nos aproxime al concierto más hi-fi posible: el sonido justo del investigador-pintor, como si dijéramos.

Muñoz Barberán sale de su chalet por la mañana, después de una noche de rayos y truenos. Viaja con él un señor bajito, de cabellos blancos, casi rapados, que habla de

estandartes, banderas, picas, infantes, caballos, moros y celebraciones del Corpus Christi. El pintor disfruta de la compañía insólita -que sólo para él es visible- del curioso personaje. La mañana se muestra soleada y tibia, cuando avistan la ciudad de Lorca, pero antes se van a parar en Larios, para ver los platos pintados. Y luego irán un ratito al Cándido, a tomar un café con leche que el señor don Ginés rehúsa, hasta que finalmente alcanzan la plazoleta, donde el pintor instala la silla plegable. Los zagales que juegan por allí no ven al Ginés en cuestión, sino sólo al tío de las pinturas, ni advierten, por tanto, que Muñoz Barberán no se ha quitado de encima las culebras por arte de magia, sino que todo eso corrió a cargo del zapatero Pérez de Hita, muy mañoso, por cierto, para entenderse con esta clase de alimañas, pues que, en su tiempo, varios siglos atrás, eran como el pan nuestro de cada día. Ya está todo reunido, batido y bien mezclado: la investigación histórica por libre (Avellaneda, don Miguel de Cervantes, Pasamonte, los maestros canteros de la época, comediantes de la legua, esclavos, señores, escribanos, comparsas y figurantes); y la pintura, también por libre (máscaras, alamedas de Lorca, mercado y Verónicas, la huerta, iglesias monumentales, flores, limones, retratos, Venecia, La Haya, París, la procesión del Viernes). Ahora se coge el líquido pastoso resultante de la mezcla, lo dejamos caer suavemente en el interior del molde de escayola que puso a nuestra disposición doña Bibiana, que es la madre; lo dejamos secar un tiempo prudencial; rompemos luego el molde... y ya tenemos en el mundo a Manuel Muñoz Barberán, natural de Lorca y vecino de Murcia. Se nos ha quedado -todo hay que decirlo- un tanto blanquinoso, ahuesado, para ser más exactos. Acudamos ahora a la policromía.

Volvemos, el artista y quien esto escribe, de un viaje por Europa. Vamos a compartir habitación en un parador de carretera, cerca de Perpignan. Usa el pintor, desde hace muchísimos años, una elemental y lamenta-

ble cámara fotográfica, cuyo estuche parece comido en las aristas por los ratones. Se le olvidó la brocha de afeitar, por lo que, durante todo el viaje, hemos usado ambos la mía, que ya empieza a estas alturas a pelear peligrosamente -hoy se le caen cinco pelos, para caérsele mañana diez- bien por exceso de uso, bien por los cambios de temperatura. Es nuestra última jornada turística. Y siento la necesidad de ser generoso. El pintor está en el cuarto de baño. Servidor, en el centro de la habitación, con la brocha -ya casi absolutamente calva- en la mano derecha, un poco levantada, como si fuera la estatua famosa de la libertad. Lo llamo. Viene. Y le digo: "En prueba de amistad, acabo de tomar la sublime decisión de regalarte la brocha". Advierto cómo la emoción se le desborda por todos los poros del cuerpo. Cierra los ojos. Está llorando. Cuando, al fin, se recupera un tanto, proclama: "Gracias, amigo. Es mucho más de lo que esperaba y de lo que merezco". Y añade, entre mal disimulados sollozos: "Dile a tu hijo Jesule que, cuando se vaya a la 'mili', tengo pensado regalarle... ¡la máquina de retratar!".

Así es cómo Muñoz Barberán ha ido policromándose.

José García Martínez

MANUEL MUÑOZ BARBERÁN PRELUDIO GENERACIONAL

Consumido el primer cuarto del siglo que ahora camina a su fin, la pintura murciana rompió con el discreto academicismo que venía pacificando el gusto de las gentes. Fue cuando el mensaje de la modernidad irrumpió con la aparición de los pintores Joaquín, Gaya, Bonafé, Luis Garay y Pedro Flores, miembros por afinidades relativamente análogas de la que se viene identificando como generación de los años veinte. De ella, y en particular merced al talante vital de Flores y Garay, llegó al lienzo encarnándose en él el pulso circulatorio de la ciudad con callejuela de barriada y placetas fronterizas al esmeraldino alfalfa de los bancales. Este gusto por represar el hábito urbano de las gentes incorporó un paisaje hasta entonces inusitado, con progresivo desplazamiento del tema huertano de tópico e incluso folklorizante consumo por la abundante pintura de género.

Con la apertura de la entonces joven tendencia esponjó el panorama estético sus posibilidades, discurriendo el caudal de la nueva pintura hasta la traumática fractura que impuso la guerra civil. Concluida ésta, nuevos nombres se inscriben para pugnar en el oficio artístico. José Molina Sánchez, Antonio Medina, Hernández Carpe y Manuel Muñoz Barberán, entre otros, son los epígonos de la generación del veinte, quienes con obra propia van a integrar la nueva promoción.

AÑOS DE APRENDIZAJE

Lorca, la ciudad donde nació Manuel Muñoz Barberán, fue y sigue siendo para la biografía del artista algo más que una referencia afectiva y sentimental. Como adherida a su propia piel, Lorca es el punto de arranque de una personal sensibilidad estética que se hará patente en los más plurales periodos de su actividad, unas veces desde lo epidérmico; tejados de cañón, terrazas de tierra lágüena, casas que disimulan su vejez de años mediante el desteñido revoco azul de las fachadas. Otras regresando a la monumental presencia del pasado que encarna en

la Colegiata de San Patricio o a la figuración aldeana del mercado semanal tendido a los pies de la doble arcada del Ayuntamiento. Venía Manuel, de cuando muchacho, desde las altas sierras de Cehegín, a cuyos campos, que fueron espartizal y rala barbechera, se asoma la trama medieval de sus rúas, puro blasón, por las que todavía fantasma el espectro de don Martín de Ambel y Bernard. De aquellos viajes la pupila del mozo quedaría anegada de dulce luz camperina, delicados violetas del otoño rubia mies que cuando la tarde demora el paso de las horas se hace paisaje de Corot.

Años de aprendizaje, con la obligada huida a Madrid. Y fugas intermitentes, casi una década correteando e inquiriendo para acabar -empezar de nuevo, más bien- en el Museo del Prado, desde sus primeros pasos y ya para siempre suyo. Pero también se abre al aire cenital; rascacielos del poeta Miguel, pero también pulso y púa para aquellas casas que catalogó Ramón Gómez de la Serna; casa de las persianas rotas, de los bichos, de las ventilaciones, de los toldos, de los botijos o de los tocadores, que también son populosa urbe. Estos madriles menestrales -"Para mí siempre ha sido importante la ciudad", afirma el pintor- le harán regresar cuarenta años después para evocar, no sin cierta melancolía, un viejo corralón del Rastro.

Los años de entrega a la pintura urbana reafirman una predisposición que desde tiempos tempranos reseñaron los críticos de Muñoz Barberán. Entre José Moreno (1942) y Antonio Martínez Cerezo hoy, la insistencia se mantiene, con acertadas precisiones, como la debida a Francisco Alemán, para quien el tema urbano en Muñoz Barberán arranca de la resminiscencia. Martín Páez, por su parte, advierte una "filosofía de la añoranza" que impulsa al pintor a recrear calles, plazas y barrios ya desaparecidos. Y, en fin, Antonio de Hoyos, "descubridor" del artista, dejó dicho que si desde los años juveniles obtuvo un premio por un paisaje urbano de Cehegín, más tarde cientos de ca-

sas y de calles, españolas y europeas, han contribuido a señalar las raíces estilísticas de quien ha conseguido el secreto de pueblos y ciudades.

EL VIAJERO Y SU SOMBRA

Ni el paso ni el peso de los años han disminuido o lastrado la predisposición viajera de Manuel Muñoz Barberán. No deja de ser chocante que este Manolo, de trato amable y sosegado temple, con una cierta cachazuda calma, alimenta una voracidad viajera por conocer y vivir las ciudades de Europa, orillando de su obra lo rústico para adentrarse en la maraña urbana. Sordo para la campesina alondra, escuchó el mirlo silbador que trisca y se aloja en los aleros de los caserones. Acertó a demorarse en ciudades magnetizadoras y de sus repasos europeos, parisinos o romanos, colma el pintor sus gozos. De París se ha dicho que nunca fuera tan copiosamente pintado como entre 1830 y 1910, como si "estuviera posando". París se reconoce en Monet, Corot, Seurat, Bonnard y tantos otros. Utrillo nos legó un París tierno y delicado, con calles que transitan, cuando más, dos o tres viandantes. En los antipodas de esa versión, el muy posterior Buffet ha descrito, desnudo y desertizado, un yerto París.

Anotando en su cuaderno viajero correías italianas escribe Muñoz Barberán: "Hay que vivir de vez en cuando en Florencia, andar por todas sus calles. Encontrar la casa donde nació Benvenuto Cellini, por ejemplo". -En aquella ocasión viajaba con su mujer, era el mes de junio y ambos conversan: "Fuentesanta y yo sabemos que entre los muchos parecidos que existen entre esta ciudad y la mía -belleza del paisaje, río espléndido y fecundidad artística-, uno de los más importantes es que en Florencia, como en Lorca, hay blancos y azules". Aunque en su predilección toscana no hay menoscabo para con otras ciudades europeas: Lisboa, Berlín todavía despiezado, Amsterdam y sus calles por las

que Verineer de Delf veía cruzar a la encajera, la mujer en azul, o la tejedora.

PINTURA DE "ARGUMENTO"

Los resabios de ocasional irascencia no prendieron en la obra de Manuel Muñoz Barberán más allá de una ironía, nunca traspasada en la ejercitación del oficio. Orden y cortesía, las reglas de oro que en la pintura del artista descubrió Antonio de Hoyos, han venido rigiendo su trabajo creador. Dota así la pintura del sosiego identificatorio por el que al espectador le llega ensordinado el rumor del gentío que acude a mercadear cobertorea, berzas, aves y alpagatas.

A veces, el pintor individualiza tipos y su profesión italiana le señala la ficción del Teatro del Arte, con sus figuraciones ingenuas, o el triste descanso de personajes circenses. Cuanto aquí se pretende ejemplificar querría hacer visible y audible el profundo equilibrio que domina su arte, equidistante del gesto desaforado, como de la realidad edulcorada por la concesión. Es el caso de los carnavales callejeros tan caros para Muñoz Barberán, ajeno al realismo herido solanesco -recuérdese aquella máscara que don José describía en sus Escenas madrileñas: "... era el tonto del barrio, que tenía una pata de palo y la cabeza muy gorda". O el color ácido y alucinado con el que James Ensor se gozaba en su visión de los carnavales de Ostende, "diablerías truculentas", que decía D'Ors.

Todavía el aire callejero nos depara otro tema de argumento; en este caso y también lejos de Gutiérrez Solana, el tratamiento murciano de la Semana Santa, que si Flores y Garay resuelven con sensibilidad parroquial o de barriada, Muñoz Barberán eleva a estética ritual, dando testimonio de una Semana Santa que transita desde el brillo matinal y multicolor de los "pasos" de Saltillo, al cortejo nocturno de la Virgen de las Angustias, conducida entre sombras penitenciales sólo rasgadas por la gélida palidez de los faroles que llevan nazarenos, dando oca-

sión a que el pintor se entregue al mejor impresionismo.

LOS MEMORIALISTAS

Aquella generación de los años veinte, nutrida de la visión que le fue deparando la tierra nativa, ha cultivado, con dedicación no por marginal, unas trazas literarias que vienen a ser como el grato estrambote a su consagrado oficio, lo que por otra parte abunda en ellos fidelidades acreditadas. El tono evocativo contribuye a perfilar la imagen de su autor. Así, en Pedro Flores memorizó una Murcia desnuevuelta y estridente, con acumulación de situaciones, tipos irrepetibles, lances de feria, trájín de tabernas y ventorros. Luis Garay, cuya prosa ganó los elogios de Jorge Guillén, nos ha dejado una época de Murcia por la que reaparece un pasado de artistas, comerciantes, escritores, toreros y gentes del teatro, que fueron en buena medida tratados, vistos o admirados por el pintor. Los textos de Joaquín pueden rastrearse a través de la prensa local. Gaya, en fin, se demora en la evocación de quien, nacido en el Huerto del Conde, refiere su memoria de una delicada ciudad polvorienta, donde si la huerta es cultivo, el huerto es lugar de cultura.

José Molina Sánchez tiene editadas muy valiosas páginas donde ha volcado recuerdos que le obligan a completar y enriquecer, desde su culminada y universal obra.

Manuel Muñoz Barberán, también fecundo en la escritura, se viene entregando con fortuna a la busca y captura de murcianos de antaño, ya reclusos en infolios, libros capitulares, legajos y demás arcanos ocultos en archivos de la más varia naturaleza. Sus pesquisas sobre el zapatero-cronista Pérez de Hita le vienen retribuyendo gozos y satisfacciones. Del Licenciado Cascales publicó, no hará mucho, una nueva biografía. Es, el de nuestro Muñoz Barberán, un modo, otro modo, de memorizar su tierra.

Juan García Abellán



Calle de la Cava desde las escalericas, 1991
Acuarela: 37 x 29 cm.
Lorca, colección particular

EL PINTOR Y LAS CIUDADES

Hace ya una larga veintena de años, el fino y hondo espíritu crítico de José Ballester hablaba, ante unos paisajes urbanos de Muñoz Barberán, de cuánto poético y testimonial había en aquella pintura. "Ciudades hasta ahora nimbas de esa poesía, pero desde ahora condenadas a sucumbir al avance arrollador de la novedad edificatoria. En el futuro, estos cuadros serán el documento histórico donde perviva un hoy caracterizado por lo fugaz. Un intenso hábito humano se desprende de esas creaciones. El paisaje de ciudad, de interior de ciudad, es el más genuino contorno del hombre; es la circunstancia que tiene algo de prolongación del hombre y de consustancialidad suya." El pintor tiene alma de viajero que ama las ciudades donde planta su caballete con una como nostalgia por la finitud de lo observado, intuyendo con cierto desconsuelo cuántas especulativas destrucciones, cuántas caóticas arquitecturas arrasarán dramáticamente esa perspectiva hermosa, ese rincón humilde, sereno, noble, de cualquiera de nuestras geografías. El pintor ha nacido en una ciudad princesa de la luz donde el tiempo se ha remansado en viejas casas con escudos, en recónditas placetas con fuentes de verde agua, en paredes de un blancor antiguo y polvoriento. Ha nacido el pintor al final de una calle, la Cava larga, añeja, galdosiana, cuyos acentos no le van a abandonar nunca. De esa calle, de esa ciudad, quizás aprendió pronto, como un discípulo de Mairena, que sólo "ve quien mira". Porque su paisaje no es mera topografía, sino que ha asimilado la estremecida palpitación que en su interior late. Nunca el frío imperativo de un escolasticismo, de ortodoxia en la recta y objetiva interpretación del tema, han menegado un punto cuanto de aquietado calor vive y perdura en los lienzos en que retrata las ciudades. Se ha dicho que el pintor trasciende el paisaje urbano a categoría de retrato, como un talismán contra la desmemoria, bien medido el pulso -y el impulso- en rotunda serenidad reflexiva. Nunca afectado

manierismo, nunca desutilización de lo contemplado, siempre la esencialidad de cuanto la retina acoge para madurar en sustancia artística. De ahí que su "mise en page", su manera de encajar y narrar desde un ángulo propio, dominando poderosamente cualquier perspectiva -las arquitecturas asimiladas dentro del paisaje como un todo- se resuelve siempre con armonía y sencillez, depurando lo accesorio. El sensible criterio de J. Ballester apuntaba también a esos logros, a ese lenguaje de "la simplificación respetuosa de las estructuras -mucho más difícil que la fidelidad absoluta- para elevar a categoría plástica lo que de otro modo no pasaría de simple trasunto". Pero en esos paisajes de ciudad hay algo más. Está el amor del artista por la vida de esas calles y plazas -el rumor, el hormigueo de las gentes que rúan bajo el sol o la lluvia, los mercados modestos a pleno aire, la efusiva sugestión por lo abigarrado de muchedumbres como espectáculo...- que imprime la claridad de un optimismo alegre y generoso a estas obras. Esa simpatía por el fluir de la vida callejera, repetida y distinta siempre, en atractiva homogeneidad de seres y paisajes, en exultante vinculación recíproca, deviene, al fin, en una alabanza a la ciudad misma. Interpretando el alma del paisaje en acorde y sincero equilibrio con su propio mundo interior logra el artista la identificación, más allá de lo evocador o descriptivo, con lo representado. Tal vez por eso somos muchos los que contemplamos estas obras con una tenue, sosegada, melancólica emoción ante la sutil luminosidad -la transfiguración de la luz en el aire- y la plenitud de firmeza de estas perspectivas urbanas tan abundosas en la dualidad del conocimiento técnico y de la profesión de fe en la dilatación por las ciudades siempre bien amadas.

Juan Guirao García

MUÑOZ BARBERÁN, EN EL CORAZÓN DE LA CIUDAD

Todo arte es hijo
de su tiempo.

J. L. Borges

Como su tierra, de acentuados contrastes de luces y sombras, de colores tímidos, de remembranzas del pasado en la geografía, así es la pintura de Muñoz Barberán. Su obra procede de la inagotable tradición de la pintura hispana. Una pintura de academia, de entusiasmo por la consecución del dibujo, por las calidades pictóricas, por los valores en definitiva del oficio de pintar.

Lejos de las corrientes vanguardistas, impermeabilizado a las nuevas tendencias de expresión plástica, Muñoz Barberán, que no ha querido renunciar a los principios por los que se hizo pintor, desarrolla su obra en una dialogante pervivencia de los valores tradicionales y en aquellos aspectos del arte de su tiempo que han servido a la causa de su personalidad artística.

La pintura de Muñoz Barberán está inmersa en los principios de la generación del 98 cuando el arte español adquiere personalidad regionalista. El concepto del paisaje de Azorín, la tradición luminica de la pintura española recogida por Sorolla, pero sobre todo el eclecticismo de Zuloaga y la mirada hacia el pasado de Marcelino Santamaria y Sotomayor, apegados a maneras courbertianas, configuran aspectos de las coordenadas culturales de Muñoz Barberán, en cuya obra se aprecia siempre su amor por los grandes maestros, teniendo como luz y guía la pintura de Goya.

Para los que nos iniciamos viendo láminas de las distantes vanguardias y en la contemplación de las pinturas de la generación murciana de posguerra, Muñoz Barberán representó siempre la exaltación de los valores pictóricos de nuestro paisaje urbano. Arquitecturas nobles, casas humildes, barrios, la singularidad de un edificio, escenarios de la vida en el transcurrir del tiempo, elegidos con una vocación evocadora del pasado proyectada en el presente, conforman la obra más significativa del pintor. La Torre de la



Capilla del Calvario. Interior, 1980

Óleo / lienzo:

Lorca, colección particular

Catedral, Barrio de San Antolín, calle de Vidrieros, panorámicas de Murcia, de Lorca... los mercados, El puesto de churros, La Colegiata de San Patricio, ofrecen esa entusiasta visión por el paisaje urbano. Junto a estos paisajes y como consecuencia de su vocación viajera aparecen en el catálogo de su obra, las ciudades históricas, Venecia, Amsterdam, Florencia... poblaciones elegidas por el artista por su singularidad y belleza, como reconocimiento a su fisonomía. Muñoz Barberán selecciona sus temas con mirada humanista. Sus paisajes urbanos están llenos de vida, lejos de ese sentido historicista, sus composiciones exhalan vitalismo. En su estructura de trazos verticales en las apaisadas formas sus lienzos se impregnan de sensaciones que acompañan a los descriptivos cuadros. En ellos se perciben el lento pasar del tiempo entre las terrazas y tejados, el bullicioso estar en plazas recoletas, la animación de los mercados, núcleo vital de las relaciones comerciales. Todo es el latido vital de la ciudad, entre días tórridos de luces cegadoras, de agresivas definiciones que marcan en los monumentos elegidos por Muñoz Barberán el lento transcurrir del horario solar y los días velados de luces plateadas.

El pintor nos ha llevado con sus cuadros de paisaje urbano a interesarnos más por las peculiaridades de Murcia. En su adoración por el imáfronte de la Catedral nos enseñó a valorar las luces matizadas de Murcia, la reverberación de luz en sus mil y un detalles de delicada orfebrería en la piedra murciana. Nos levantó con primorosa pincelada el derruido Contraste, símbolo de otro tiempo, manifiesto para la conciencia histórica con sabor costumbrista. Nos mostró mercados inexistentes en lugares que debieron existir, nos pintó personajes anónimos en coloquiales conversaciones, y otras tantas peripecias de la vida ciudadana que definen el quehacer artístico de Muñoz Barberán.

Otros temas nos aproximan a fechas y hechos significativos de la vida murciana. La mañana del Viernes Santo, con toda la ex-

presividad de la celebración, la festividad del Corpus, así como costumbres y tradiciones, componen las imágenes para la historia con el valor añadido de la creación pictórica.

De la más pura tradición es la escena de "Los auroros", retablo de rostros populares, luz de candel en la eterna polifonía, recuerdos de Courbet en la sencilla escena huertana.

En la tradición Goyesca, las mascaradas, fiestas de carnaval manifiesta ese gusto por las tradiciones que se mantienen en la pintura a través de Eugenio Lucas, Alenza, Villamil y Regoyos y, que perviven en el ánimo del pueblo como una fiesta regeneradora en el tiempo.

La pintura de género, el retrato, con la minuciosidad de realización consecuencia de la obstinada observación del pintor y una extensa producción que recorre todos los géneros de la pintura en su más amplio desarrollo, como la pintura decorativista de grandes telones, murales y retablos así como composiciones de tema religioso nos dicen de su vocación por los grandes ciclos de la pintura claroscurista.

La última obra del pintor se acerca más a los temas íntimos. El artista pinta el mundo interior de su estudio, el paisaje visto desde su ventana, la puerta como bambalina teatral hacia el exterior, la aproximación hacia un matorral del altozano, el rincón del estudio, la selección de los elementos acumulados en el espacio de ese cotidiano vivir. El pintor respira de su ambiente próximo en un ejercicio de introspección, entre el lienzo y los elementos que le rodean para representar.

Días y hechos de la vida en la ciudad son las coordenadas argumentales de la pintura de Muñoz Barberán, siempre pletórica de contenidos literarios. Artista estudioso, investigador, que enarbola la bandera de "pintor local" prestigiando el concepto en su significado. Manuel Muñoz Barberán por su dilatada y cualificada trayectoria forma parte destacada de la historia viva de la creación.

Martin Páez Burruezo

M.M.B.

Que mi padre era pintor es algo que mis hermanos y yo llevábamos en el olfato por el olor a aguarrás que flotaba en un cuarto piso de San Antolín, cuando el estudio existía a costa de la vivienda. Yo, además, lo llevo en la partida de nacimiento. Nací en Yecla porque allí, durante cuatro años, desarrolló mi padre uno de sus más importantes trabajos iniciales en los techos de la Basilica de la Concepción. Era el tipo de trabajo que siempre le gustó -al filo de los setenta años repitió experiencia en los teatros de Lorca y de la misma Yecla-, porque sólo en las obras de esa magnitud se prueba y crece un pintor que, de siempre, admiró a Velázquez, Tiziano, Rembrandt y tantos otros indiscutibles, aunque tengo para mí que su pasión absoluta es Goya.

El estudio, cuando se instaló definitivamente en Alcantarilla, fue siempre para mí puerta de entrada en la casa y refugio de ratos silenciosos con Radio 2 sonando, de ahí que recuerde con cierta precisión la génesis y hasta los pentimentos de los mejores cuadros de su trayectoria. A mi padre lo he visto pintar durante horas interminables -que yo habría extendido aún más-, sobre todo por ver cómo iba construyendo el cuadro, cualquier cuadro, añadiendo luz a unas tinieblas buscadas de propósito en la imprimación. Cada pintor forma el armazón de la obra apoyado en el aspecto que misteriosamente eligió casi desde el inicio de sus balbuceos. En el caso de mi padre es la luz y el color, de ahí que al final esté pintando ventanas en que ya nada se ve a su través sino el simple efecto de la luz en los lienzos que ofician de cortinas.

En una ocasión, veraneando en Isla Plana, pintaba mi padre las bandas de honor que se habían de entregar a las niñas ganadoras de un concurso vecinal de disfraces. Frente a él, las acuarelas y un vaso de agua ya empañada por los colores. Era verano y, de forma inadvertida, tomó el vaso y echó un trago de aquel agua. Alguien -creo que mi tía- le afeó la conducta:

-Manolo, eres un cochino, ¿Cómo puedes beber de ese agua?

-Si como de la pintura, no sé por qué no puedo beber de ella.

Tuvo mi padre, desde el principio, la osadía de vivir -y beber, como ahora sabemos de la pintura, sin apoyo oficial de tipo alguno. Su independencia le viene de no haber aceptado más compromisos que los debidos a la amistad y a su pasión por pintar, siguiendo modestamente la estela de los que cree grandes. De ver a Leonardo lo traje yo de Madrid casi jurando que nunca más pintaría. Velázquez, Murillo y tantos lo sacan de quicio por el genio desplegado. Su honradez como pintor también está en la perseverancia aplicada al sostenimiento de sus convicciones pictóricas. De hecho, en la actualidad se afana por copiar exactamente la figura del flautista encontrada en el palacio de Dar as Sagra, que le parece el hecho artístico más importante ocurrido en Murcia. Podrá la historia -incluso la local- juzgarlo severamente por su quedar al margen de los movimientos convulsos de este siglo, pero nadie podrá negarle el haber dedicado su vida a intentar seriamente ser pintor.

Después de unos 60-70 en que ganó todos los reconocimientos públicos convocados en nuestro ámbito, un lento proceso de descolgamiento se apoderó de su obra y de él mismo, que seguía y sigue fiel a presupuestos adquiridos y aceptados con seriedad. Las generaciones jóvenes tomaron otras sendas y el carácter solitario de su carrera se afianzó hasta extremos de ostracismo, entre pintores próximos en edad -algunos formados inicialmente en su estudio- que en sus biografías amañadas y limpias de mancha ni siquiera recogen, al menos con agradecimiento tibio, el apoyo que en su día obtuvieron de él.

Por otro lado, ha ido siempre la popularidad de quien en Murcia no le falta más que ser "Reina de la Huerta" y en Lorca, su pueblo queridísimo, casi ni eso. El caso -supongo que no único- es la combinación de un aprecio popular indiscutible con un olvido y hasta

hostilidad desde instancias oficiales y cultas, sostenido e injusto, que alcanza su apogeo en los 80, la década prodigiosa y hueca que ahora empezamos a superar.

Es posible que la pintura no sobreviviera más que por el aprecio que la gente común proyecta sobre unos cuadros que le resultan cercanos e inteligibles. Entre el cuadro de ciervos y molino al fondo, que nadie termina apreciando, y la obra criptoculta que difícilmente entendemos, hay una gama inmensa de obras que amamos, cuidamos y transmitimos, las más de las veces a despecho de una crítica desatenta. Así se han conservado Almela Costa, Garay, Bonafé y tantos otros; esta generación, que ha vuelto a apreciar -o ha seguido apreciando- las flores de Picazo y la Murcia de Garay, puede también descubrir o reencontrarse con las procesiones y las calles, los tejados, los retratos y las máscaras de M.M.B. Una línea que no ha cambiado el curso de la pintura -como tantas otras más cacareadas-, que puede no tener más valor -siendo valiosa, en cualquier caso- que el haber sostenido una tradición pictórica que muchos, prematuramente, dieron por muerta a principios de este siglo. Esta tradición ha enriquecido la vida artística local con una aportación de técnicas e intenciones que, de otra forma, habrían dado paso absoluto a esos informalismos avasalladores, hoy tan en cuestión.

Uno de mis mejores recuerdos con M.M.B. es una semana en Venecia que desarrollamos de forma por completo independiente. Una noche, al reencontrarnos para cenar, le dije que había estado en Santa Maria dei Frari y había visto un cuadro impresionante. "¿Está al entrar, en el altar mayor?" Le contesté que sí y que también me había gustado mucho el techo de una capilla, y se lo describí. Me dijo que había reparado en lo mejor de la iglesia. El cuadro era "La Asunción", de Tiziano, y el techo era, verdaderamente, de maestro. "Tienes intuición" -me dijo-, y ya no volvimos a hablar del tema. Tenía yo diecisiete años y creo que el ser

crítico ahora, atreverme a tanto, es la continuación de aquella frase escueta que, dicha por mi padre, me pareció una unción.

Por el contrario, un recuerdo amargo es no tener, para haberlas expuesto, dos copias de cabezas de Tiziano que encontré desalojando su estudio de San Antolin. Eran dos réplicas, exactamente iguales, del original; muy bien pintadas, por cierto. No me quiso decir por qué las había hecho y las echó al fuego como avergonzado, junto con muchos otros cuadros. Luego, pasados algunos años, supe que eran obritas "de supervivencia", copias que él hizo en serie -quizá aún estará alguna por ahí- para mantener, o intentar mantener, su independencia como creador. Eran de años madrileños. Fugaces intentos de financiar una empresa en la que ha invertido toda su vida, su técnica y una honestidad intelectual que sólo el tiempo dirá si era acertada o no.

José Muñoz Clares

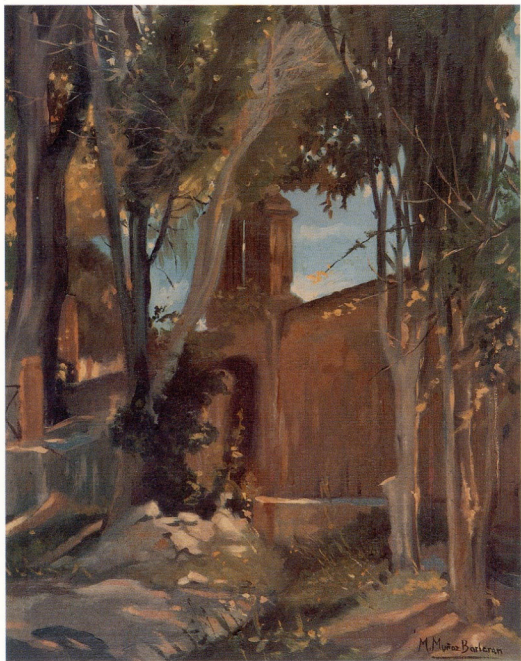
CATALOGO

Obra catalogada
por Martín Páez





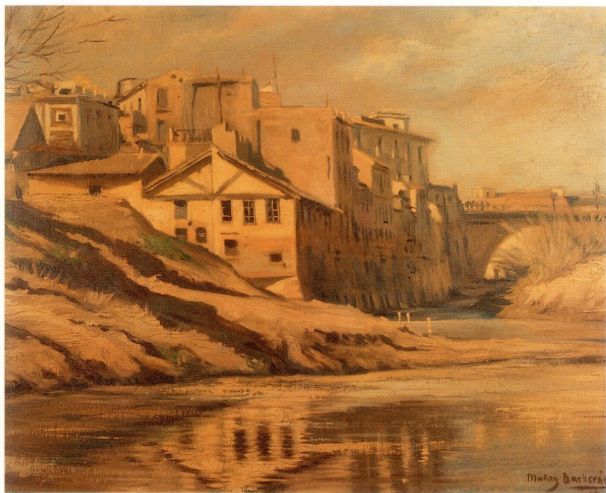
Autorretrato, 1938
Óleo / lienzo: 32 x 23 cm.
Colección particular



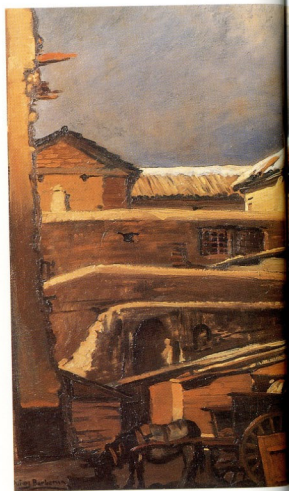
Jardin Botánico
Óleo / lienzo: 61 x 47 cm.
Comunidad Autónoma, Murcia



Huerto de la Estrella
Óleo / lienzo: 40 x 30 cm.
Murcia, colección particular



El Puente y los Molinos, 1945
Óleo / lienzo: 58 x 72 cm.
Murcia, Colección particular



Rincón junto al mercado de Uerónicas, h. 1945
Óleo / lienzo: 70 x 132 cm.
Ayuntamiento de Murcia





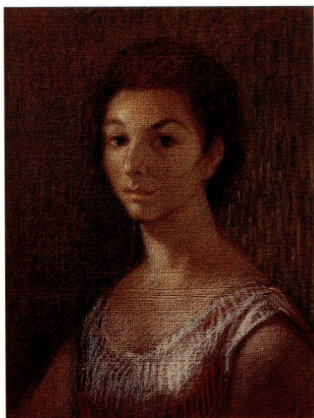
Calle Urdieros, 1946
Óleo / lienzo: 88 x 58 cm.
Murcia, colección particular



Torre de la Catedral, 1949
Óleo / lienzo: 92 x 73 cm.
Murcia, colección particular



Bodegón
Óleo / lienzo: 54 x 73 cm.
Murcia, colección particular



Retrato de Fuensanta, 1954
Pastel / tabla: 60 x 46 cm.
Murcia, colección del pintor



Mercado en la Plaza de Apóstoles, 1954
Óleo / lienzo: 200 x 340 cm.
Cámara de Comercio de Murcia





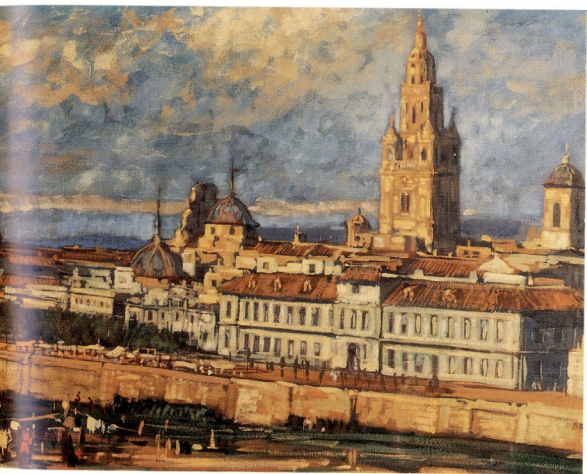
Viernes Santo, h. 1955
Óleo / tabla: 55 x 46 cm.
Murcia, colección del pintor



Gladiolos, 1957
Óleo / lienzo: 81 x 65 cm.
Murcia, colección particular



Vista de Murcia, h. 1956
Óleo / lienzo: 80 x 200 cm.
Cámara de Comercio, Murcia







Foro romano, 1957

Óleo / lienzo: 64 x 89 cm.

Abogacia del Estado. Delegación de Hacienda. Murcia





El Contraste, 1957
Óleo / lienzo: 200 x 250 cm.
Murcia, Cámara de Comercio



Torre de San Antolin, 1958
Óleo / lienzo: 60 x 72 cm.
Murcia, colección particular



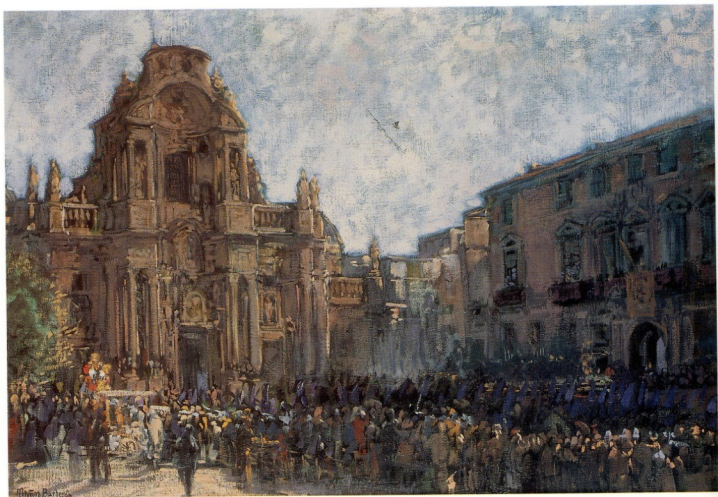
La salida del paso de San Juan, h. 1964
Óleo / lienzo: 97 x 138 cm.
Murcia, Delegación del Gobierno



Repisa en el estudio
Óleo / lienzo: 65 x 93 cm.
Murcia, colección del pintor



Plano de San Francisco, h. 1963
Óleo / lienzo: 54 x 73 cm.
Murcia, Galería Zero



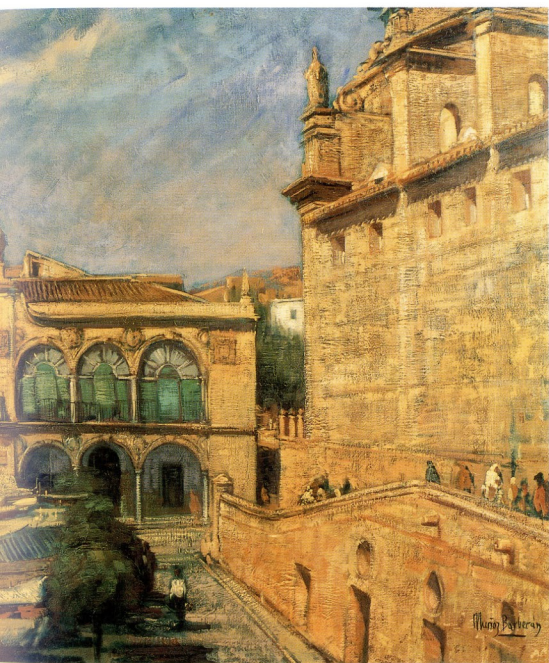
Mañana de Viernes Santo
Óleo / lienzo: 64 x 92 cm.
Murcia, Comunidad Autónoma

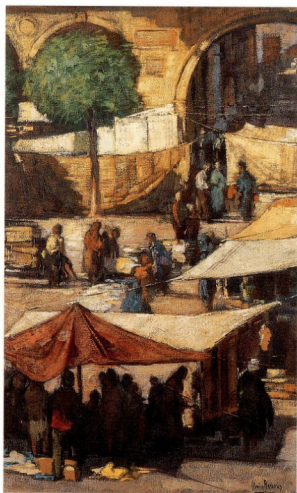


Procesión del Corpus, h. 1965
Óleo / lienzo: 82 x 100 cm.
Murcia, colección particular



Mercado de Lorca, 1966
Óleo / lienzo: 114 x 162 cm.
Ayuntamiento de Lorca





Mercado
Óleo / lienzo: 115 x 75 cm.
Murcia, colección particular



Puesto de Churros, 1967
Oleo / lienzo: 98 x 130 cm.
Murcia, Comunidad Autónoma



Tejados de San Antolín
Óleo / lienzo: 113 x 162 cm.
Murcia, colección particular



Máscaras, 1968
Óleo / lienzo: 97 x 146 cm.
Lorca, colección particular





Vista de Lorca, 1968
Óleo / lienzo: 162 x 114 cm.
Lorca, Caja de Ahorros del Mediterráneo



Huerta de Murcia. Atardecer, 1969
Óleo / lienzo: 65 x 82 cm.
Murcia, colección particular



Retrato de Federico García Izquierdo, 1969
Óleo / tabla: 77 x 62 cm.
Murcia, colección particular





Los Auroros del Rincón, h. 1970
Óleo / lienzo: 200 x 180 cm.
Murcia, colección del pintor



Procesión de Totana, 1971
Óleo / tabla: 44 x 122 cm.
Lorca, colección particular





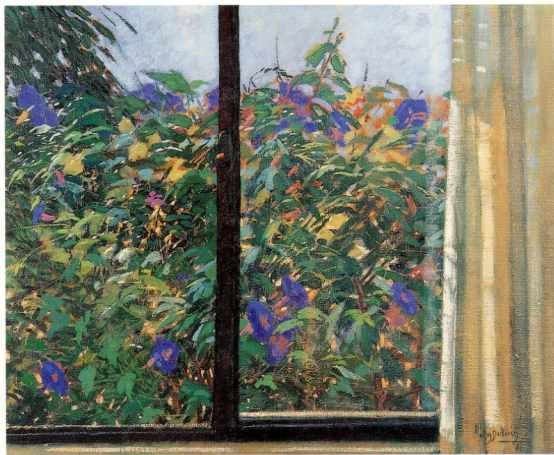
Utiles del pintor, 1975
Óleo / lienzo: 65 x 82 cm.
Murcia, colección de pintor



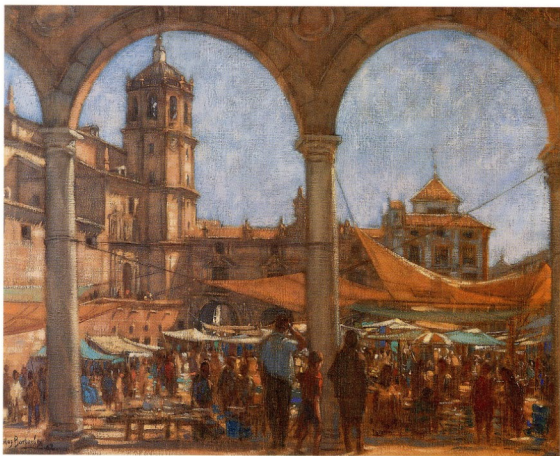
Capilla del Calvario, 1978
Óleo / lienzo: 58 x 72 cm.



Viejo corralón en el Rastro. Madrid, 1981
Acuarela: 43 x 61 cm.
Murcia, colección del pintor



La Ventana, 1982
Óleo / lienzo: 81 x 188 cm.
Murcia, colección particular



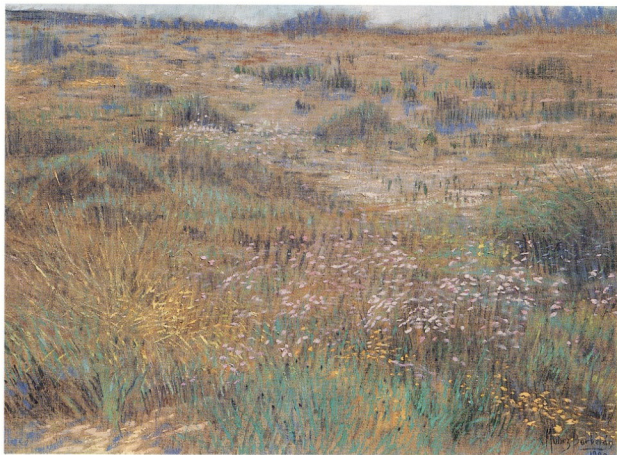
Mercado de Lorca, 1982
Oleo / lienzo: 81 x 100 cm.
Lorca, colección particular



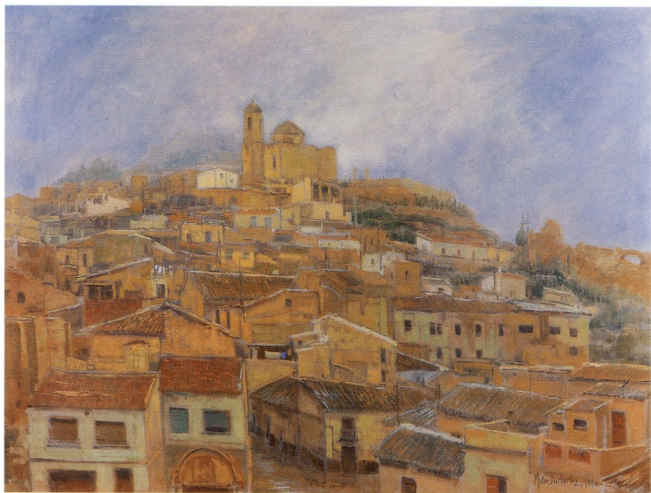
Máscaras en Lorca, 1983
Óleo / lienzo: 115 x 146 cm.
Lorca, colección particular



El estudio del pintor, h. 1986
Óleo / lienzo: 98 x 130 cm.
Murcia, colección del pintor



Monte en primavera, 1986
Oleo / lienzo: 73 x 100 cm.
Murcia, colección del pintor



Día lluvioso en el barrio de San Juan, 1998
Óleo / lienzo: 98 x 130 cm.
Lorca, colección particular



La puerta del estudio, 1991
Óleo / lienzo: 130 x 100 cm.
Murcia, colección particular





El grito del pintor, 1993
Óleo / lienzo: 115 x 146 cm.
Murcia, colección del pintor



RESEÑA BIOGRAFICA

1921

Nacimiento en Lorca, 26 de mayo. Padres, Alejandro y Bibiana.

1928

Muerte de Alejandro, el padre.

1930

Asistencia a la academia de dibujo municipal, dirigida por Francisco Cayuela, pintor lorquino destacado. Aprende música con don Pedro Jiménez Puertas.

1931

Expulsión de la academia por indisciplina y falta de afición al dibujo.

1932

Traslado con la madre y dos hermanas a Garrucha. Importante de sus años garrucheros, las "Misiones pedagógicas" llevadas a los pueblos por Ramón Gaya, Juan Bonafé y Eduardo Vicente, pintores.

1936

Vuelta de la familia a Lorca. M.M.B. encuentra colocación en el taller fotográfico de don Juan Navarro Morata. Pinta, a su modo, y retoca clichés. Siente un cierto asombro, pero no admiración por la fotografía. Asiste a la misma academia que dirigió don Paco Cayuela, pero éste ha muerto un año antes. Ahora el director es el propio Navarro Morata.

1939

La guerra ha terminado. Urgencia de ganar algún dinero. Acepta arriesgados encargos de temas religiosos y se cree totalmente capacitado para hacerlos. Los realiza con el lógico mediano éxito económico y artístico. No puede hacer otra cosa. Solicita una beca de la Diputación Provincial. No puede presentarse al concurso por falta del certificado de prisiones.

1940

Traslado de la pequeña familia a Cehégín. El párroco, don Antonio Sánchez Maurandi, le

encarga las pinturas de la iglesia que restaura. Plazo breve, malos andamios, algún dinero. Viaja a Madrid y Barcelona y comprueba que viajar es barato. Museo del Prado, Museo de Arte Contemporáneo... Museos de Barcelona. Le asombran Goya, Velázquez y El Greco.

1941

Reanuda, en viajes a Lorca, la amistad con don Joaquín Espin, al que había conocido el año treinta y nueve y del cual había recibido preciosos materiales artísticos: libros de arte y de práctica de la pintura, consejos y, lo más rico e importante, conversación larga, no empujada por la prisa ni el horario convencional, que no aceptaba. Tercer premio en la Exposición Regional de Cieza: "Calle de Cehégín".

1942

Primeros trabajos en Murcia.

1944

Tercer premio en Exposición Excmo. Ayuntamiento de Murcia. En Madrid, copias en el Museo del Prado.

1945

Tercer premio Exposición Excmo. Ayuntamiento de Murcia.

1946

Trabajos en la iglesia de San Antolín de Murcia. Don Antonio Sánchez Maurandi, párroco. Estancia en Madrid.

1947

Estancia en Madrid. Trabajos en San Antolín, Murcia.

1948

Trabajos en Hellín. Estancia en Madrid.

1949

Diferentes trabajos en Murcia y Hellín, Concurso "Alfonso X el Sabio": Recompensa.

1950

Capilla de Fátima en Espinardo. Estancias en Madrid. Copias en El Prado: Velázquez, Goya, Murillo, Ribera...

1951

Boda con Fuensanta Clares Pérez. Decoración tienda Chys, Manuel Fernández Delgado. "Brasserie Hotel Victoria" (destruidos estos dos trabajos).

1952

Premio Excmo. Ayuntamiento de Murcia, Exposición Provincial. Cartel de Semana Santa de Murcia. Trabajos la Feria de Muestras de Murcia (destruidos). Diferentes pinturas para templos. Decoración Bar Rihn Murcia.

1953

Pintura decorativa C.A.S.E. Murcia, Barrio del Carmen. Premio Concurso Diputación Provincial. Trabajos en la iglesia de la Purísima de Yecla. Restauración pinturas Capilla del Rosario de Murcia. Premio de dibujo en la Exposición Regional de Cieza. Exposición en Yecla.

1954

Feria de Muestras de Murcia, trabajos decorativos (desaparecidos). Trabajos en Purísima de Yecla. Trabajos de pintura en: iglesia de Los Barreros, de Cartagena. Trabajos en Yecla, Purísima y en Feria de Muestras de Murcia.

1955

Pinturas en Iglesia de Los Barreros y en Obras del Puerto de Cartagena (estas últimas destruidas). Tertulias del café Santos de Murcia con Ceferino Sandoval, Mari Tere Soubrier, Francisco Cano Pato, Miguel Espinosa, escritor; don José Agüera, músico, catedrático Conservatorio; Pedro Sanz, Francisco Salinas... En Cartagena: D. Vicente Ros, pintor; los Pastor Eugenio y Manolo, Agustín Meseguer...

1956

Exposición en Casino de Cieza. Pinturas a don

Manuel Pereira, Casa de Juventud Católica de Cieza.

1957

Cuadros para los Seminarios murcianos San Fulgencio y San José. Trabajos Feria de Muestras de Murcia.

1958

Trabajos en Yecla, iglesia de la Purísima. Don Dámaso Eslava, párroco. Feria de Muestras de Murcia y mural en Central Farmacéutica Leo, de Valencia. Viaje a Portugal con el pintor Molina Sánchez.

1959

Salvo pinturas del estudio, año de trabajos destruidos, efímeros: carrozas y decoración pista de La Batalla de Flores; Feria del Campo de Madrid; Feria de la Conserva de Murcia.

1961

Continúa las restauraciones en Santa Ana. Lecturas de viejos manuscritos. Las pinturas de San Bartolomé y dibujos para la sillería de la misma iglesia. Ilustra con dibujos los artículos de don José Ballester Nicolás, en "La Verdad" de Murcia.

1962

Pinturas en Ricote. Murales en Sagrado Corazón de Molina de Segura. Murales en la Casamata de la Confederación Hidrográfica, en Lorca. Pinturas en la Feria de la Conserva, de Murcia.

1963

Madrid. Copias en San Fernando.

1964

Trabajos en Blanca, iglesia parroquial. Mural en la oficina central de la Caja de Ahorros del Sureste de España (destruido).

1965

Pinturas en Feria de la Conserva y Alimentación, de Murcia, habituales cada año, con Fernández Delgado.

1966

Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. Palma de plata en la Bienal de Elche, C.A.S.E.

1967

Colectiva "Círculo" de Madrid. Mayo: copias en el Museo de la Academia de San Fernando, de Madrid. Feria de Muestras de Valencia, stand de la Cámara de Comercio de Murcia. Exposición en Madrid, Grifé & Scoda. Murales oficinas Información y Turismo, de Murcia. Premio "Villacis" de la Excm. Diputación Provincial de Murcia.

1968

Medalla de Oro en la Exposición Bienal del Sur este de la C.A.S.E. Premio del Excmo. Ayuntamiento de Madrid, en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Primer premio en la convocatoria del Ayuntamiento de Cieza. Nombramiento de académico de la de Alfonso X el Sabio, de Murcia. Laurel de Murcia de la Asociación de la Prensa.

1969

Premio "Chys" de actividades artísticas. Colaboración con César Oliiva en montajes teatrales. Exposición en el Círculo Yepes, de Lorca. Propósitos de colaboración con Juan Guirao en asuntos lorquinos y Ginés Pérez de Hita y su biografía. Festival Internacional de Folklore en el Mediterráneo, cartel y dibujos. Manuel Fernández Delgado. Cuadro para Club Taurino de Murcia. Exposición en Grifé & Escoda en Madrid.

1970

Festival Internacional de Folklore en el Mediterráneo, colaboraciones. Pinturas en el bar Bernardo, Murcia. Ilustraciones para el "Libro de las Tabernas", de José García Martínez.

1971

Grave enfermedad de ciática. Segunda exposición en Sala Zero. Viaje a Italia interrumpi-

do por rebrote de ciática. Exposición en Lorca, Círculo Yepes. Exposición en Cartagena en Sala Zurbarán.

1972

Exposición en Chys, Murcia.

1973

Exposición en Grifé & Scoda, de Madrid. Exposición en Zurbarán, de Cartagena. Continúan las colaboraciones en "La Verdad" de Murcia. Viaje a Italia.

1974

Obra en permanencia en Grifé & Escoda. Exposición en Chys. Viaje a Holanda. Rembrandt, Franz Hals, Vermeer de Delft... Acuarelas de Amsterdam. Oleos posteriores. Mural en Centro Regional de Salud en Lorca. Mural en el Banco Español de Crédito, de Murcia.

1975

Murales a la C.A.S.E. en oficinas. Exposición en Mitre Gallery de Barcelona. Obra permanente en Thais, de Lorca. Exposición en Cartagena. Cartel del Cante de las Minas.

1976

Exposición en Sala Zero, de Murcia. Exposición en Sala Thais, de Lorca.

1977

Permanencia en Zurbarán de Cartagena. Exposición en Thais de Lorca. Exposición en Zero de Murcia, con acuarelas realizadas en un reciente viaje a París. Segundo viaje a París. Salón de Otoño de París.

1978

Trabajos estudio. Depósitos en salas Villacis Zurbarán, Thais y Chys.

1979

Exposición en Zurbarán. Cartagena. Colaboración en "La Verdad". Exposición en Lorca Galería Thais. Exposición Galería Rembrandt, Alicante. "Lorca, ciudad fronteriza".

1980

Viajes frecuentes a Madrid. Archivos de Toledo. "Encuentros en la ciudad", Molina Sánchez y Muñoz Barberán. Un viaje a Florencia.

1981

Exposición en Chys, en enero. Trabajos intensos en archivos.

1982

En Lorca dan el nombre de "Muñoz Barberán" a un colegio de primera enseñanza. Pinta y hace investigación sobre el "Quijote apócrifo". Trabaja en las playas de Aguilas.

1983

Le obsesiona el hallazgo de documentos que aclaren el misterio del "Quijote apócrifo". Viaja a Madrid y Toledo. Imponen su nombre a la calle en que vive, en las afueras de Alcantarilla.

1984

De su estudio salen lienzos para regalar (Comunidad Autónoma) a Peces Barba y al Rey Don Juan Carlos. Trabajos en Madrid durante el mes de mayo. Toledo.

1985

Escapada de un mes a Florencia (febrero).

Retablo de pinturas para la iglesia de la Ciudad del Aire. Serie de biografías para el periódico "La Verdad".

1986

Pinturas en el estudio.

1987

Es nombrado cronista oficial de la ciudad de Murcia, con Carlos Valcárcel Mayor. Alcalde don José Méndez.

1988

Grabados al aguafuerte para el "Libro de los Castillos". Comienza las pinturas para el restaurado Teatro Guerra de Lorca.

1989

Terminación de las pinturas del Teatro Guerra de Lorca. Exposición en Chys, en noviembre.

1990

Exposición de parte de su obra en las salas de la Universidad de Murcia y Aula de Artes Plásticas.

1994

Exposición en las salas altas del Palacio Al-mudi de Murcia.



